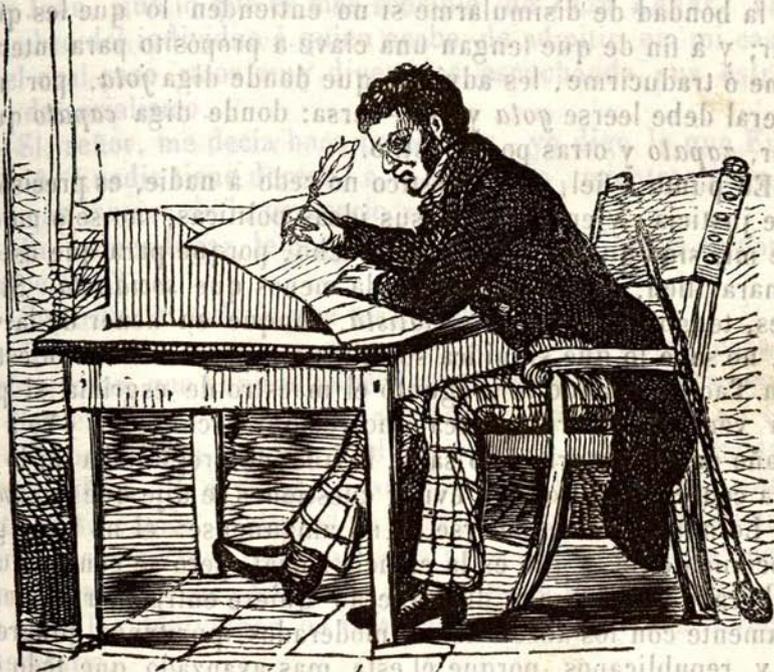


# DON CIRCUNSTANCIAS.

PERIÓDICO SATÍRICO-POLÍTICO-LIBERAL.



## SOCIALISMO.

*Don Circunstancias* no es un aristócrata; pero tiene una afición decidida á las comodidades, y por esta razon se ha echado un doméstico que le ayude en sus grandes trabajos. Para el caso, lo primero que procuró *D. Circunstancias*, fué buscar un muchacho fiel, inteligente y liberal, tres condiciones indispensables en un hombre que debe llevar mucha parte del peso de la redaccion, y no puede negarse que *D. Circunstancias* es hombre de suerte, como decia un *distinguido literato*, cuyo nombre no hace al caso.—«He tenido la fortuna de hallar un notable escribiente, decia este sugeto, un escribiente completo, uno de los pocos escribien-

tes que hay en España: figúrense ustedes, añadia despues de encarecer su mérito, figúrense ustedes si sabrá su obligacion un hombre que escribe *cuando* con *h*.»—Lo mismo podria decir *D. Circunstancias* de su nuevo ayudante, el cual no tiene tan poca ortografia que escriba *cuando* con *h*; pero no le anda muy lejos, pues equivoca con mucha frecuencia el uso de la *c*, la *z* y la *q*, asi como el de la *v*, y la *b*, y el de la *g* y la *j*. Lo debo advertir á mis amigos para que cuando reciban una carta mia tengan la bondad de disimularme si no entienden lo que les quiero decir; y á fin de que tengan una clave á propósito para interpretarme ó traducirme, les advierto que donde diga *jota*, por regla general debe leerse *gota* y vice-versa: donde diga *capato* quiere decir, *zapato* y otras por el estilo.

En punto á fiel, mi doméstico no cede á nadie, es preciso hacerle justicia; y en cuanto á sus ideas politicas, no solo no cede ante mí, sino que me escede en mucho, porque para que ustedes se maravillen, el individuo es nada menos que *socialista*. Si señores, tengo un sirviente *socialista*, aunque en honor de la verdad, no sabe lo que significa socialismo, pareciéndose en esto al Gran Tacaño cuando le preguntó el maestro de esgrima si pensaba venir á Madrid por camino recto ó circunflejo: «Yo, dice Tacaño en su historia, no sabia lo que me preguntaba ni lo que debia contestar, pero para evitar cuestiones le dije que *circunflejo*.» Lo mismo puede decirse de mi amanuense: él no tiene gran conocimiento de lo que es la ciencia social, pero se conoce que le ha chocado la palabra y dice que no quiere entretener el tiempo malamente con los absolutistas, moderados, puritanos, progresistas y republicanos, porque él está mas avanzado que todo eso, puesto que es *socialista* y muy *socialista*. Prescindiré yo ahora de si los partidarios del socialismo pueden jactarse con justicia de estar mas avanzados que los demas. Se me figura, y sea dicho de paso, que los visionarios que se enamoran de sistemas irrealizables y los que aspiran á destruir la propiedad y la familia, son los retrógrados por excelencia, porque nada hay mas perjudicial al progreso que la exajeracion, y nada mas retrógrado que el tratar de encaminarnos á la disolucion social, objeto predilecto de muchos hombres, que como mi criado, se aplican el epíteto de *socialistas*, cuando no solamente son anti-socialistas sino anti-sociales. Voy pues á hablar de mi camarada, que para que todos sepan su nombre y procedencia diré que es natural de Cangas de Tineo, en la Andalucia del poniente, hijo lejítimo del Tio Antonio Lanás, segador escedente, aguador cesante y mozo de cordel

al cabo de sus cuatro duros menos una peseta, que es su fórmula para espresar que tiene setenta y seis años. Este buen hombre dió á luz un muchacho, ó por mejor decir, no fué él sino su mujer quien lo dió á luz, allá por el año 1820; y como el chico nació el día de S. Juan precisamente, y los padres no cayeron en el inconveniente que ofrecia la reunion del nombre del Santo con el apellido del chico, cometieron la imprudencia de ponerle Juan por nombre de pila, condenándole á ser toda la vida, no solo un pobre Juan, sino lo que es mas sensible, un *Juan Lanás*. Tal es el nombre del individuo á quien acabo de admitir en mi casa, y con el cual paso ratos muy divertidos escuchando sus estrañas ideas de socialismo.

—Si, señor, me decia hace pocos dias, yo digo lo que Eugenio Sué: «nadie tiene derecho á lo supérfluo, mientras haya alguno que carezca de lo necesario.»

—En primer lugar, le pregunté yo: ¿qué entiendes tú por eso de supérfluo?

—Supérfluo es todo lo que no es necesario.

—En ese caso cuéntame por enemigo, porque en mi casa hay muchas cosas, que aunque supérfluas, segun tu sistema, yo estoy dispuesto á no dejármelas arrebatat. Por ejemplo, yo tengo dos colchones en la cama, y tú dirás que con uno tengo bastante: tengo tambien dos camisas, y tambien me dirás que con una me basta, y si vamos analizándolo todo, veo que los socialistas no querrán dejarme mas que una silla para sentarme, una cuchara para comer, etc. etc. Ademas, soy enemigo tuyo mientras creas que todos los individuos de la especie humana tienen derecho á lo necesario.

—Con que, segun usted, los que notenemos que comer, debemos morirnos de hambre?

—No por cierto.

—Pues entonces.....

—Yo digo que no todos tienen derecho á lo necesario, porque si se realizara lo que tú deseas, no habria cosa como tendernos á la larga y no pensar en trabajar ni aprender ningun oficio, puesto que nada nos faltaria teniendo derecho á reclamar á la sociedad lo necesario. Permíteme, siquiera, hacer una enmienda á tu proposicion. y di que nadie tiene derecho á lo supérfluo, entendiendo por supérfluo lo que realmente lo es, mientras alguno sea acreedor y carezca de lo necesario.

—Y segun eso, ¿qué circunstancias deben concurrir en un sugeto para que se le considere acreedor á lo necesario?

—En mi opinion es acreedor á lo necesario el que sabe trabajar y no es holgazan ; porque no te creo capaz de confundir á los hombres aplicados con los holgazanes. Los que tienen amor al trabajo y saben un oficio, son realmente acreedores á que se les proporcionen los medios de subsistir y no mas que ellos, pues ya sabes que nadie está libre de la penitencia que nos impuso el padre Adan : «ganarás el pan con el sudor de tu frente.»

— En efecto, señor, no me acordaba yo de lo que dijo nuestro padre Adan. Ya se vé, como hace tanto tiempo que lo dije!!!

— Lo que yo puedo hacer en tu obsequio es poner una enmienda á lo que dijo el padre Adan, ya que me he tomado la libertad de hacer adiciones á los socialistas. Yo creo que hay en la sociedad individuos que no deben carecer de lo necesario aunque no trabajen, y estos son los que no se hallan en disposicion ni en edad á propósito , como los enfermos, los tullidos, los que han perdido sus piernas ó sus brazos , los niños , etc. etc. etc. etc. ¿Qué te parece, amigo Juan?

—Muy bien; pero no haga usted lo que ese Mr. Marrast, que era antes de los mas acérrimos partidarios de la reforma, y dicen que ahora se ha hecho uno de los primeros adalides de la reaccion.

—¿Qué disparate!

—¿Cómo? ¿No cree usted que Marrast es un apóstata?

—No hombre, no; lo que es Mr. Marrast, uno de los verdaderos socialistas; uno de los socialistas que no quieren engañar al pueblo prometiéndole mas de lo que pueden cumplir, y si no mira tú el dictámen que ha leído en la Asamblea sobre el proyecto de Constitución.

—Veamos, señor , veamos. «Ciudadanos representantes : las largas y profundas discusiones...»

—No , mas vale que leas lo que dice relacion al trabajo ; lee desde aquí.

—¿Desde este párrafo?

—Sí, y si no escúchame tú, porque me temo que no vas á saberlo leer; dice así:

«Decimos, pues, que cuando un ciudadano , cuyo trabajo es la vida, se ofrece á trabajar para alimentar á su muger, á sus hijos, á su anciano padre, á toda una familia, en fin, si la sociedad impasible le vuelve el rostro diciéndole:—No tengo que ver con tu trabajo; busca ó muere: morid tú y tus hijos—esta sociedad no tiene entrañas ni virtudes, ni moralidad, ni seguridad; ultraja la justicia, insulta la humanidad, y obra conculcando todos los principios proclamados por la república. En nombre de estos prin-

cipios consignamos en la Constitucion el derecho de vivir por el trabajo, el *derecho al trabajo*.

Semejante fórmula pareció equívoca ó peligrosa, creyéndose que seria una pension ofrecida á la holgazaneria y al desarreglo de costumbres, y que dando á este derecho una estension que no tiene, se armarian legiones de trabajadores con él, como bandera de insurreccion. A estas importantes objeciones se agrega otra de mayor consideracion, si el estado se obliga á proporcionar trabajo á los que carezcan de él por una causa ó por otra, deberá dar á cada cual la ocupacion para que sea á propósito. Entonces el estado será fabricante y mercader, grande y pequeño productor, y monopolizará todas las industrias por lo mismo que toma á su cargo todas las necesidades.

Tales son los obstáculos que se han notado en nuestra fórmula del derecho al trabajo, y puesto que puede prestarse á interpretaciones contrarias á nuestro pensamiento, hemos querido dar á este mayor claridad y precision, reemplazando el derecho individual con el derecho impuesto á la sociedad.

Hay variacion en la forma, pero la esencia es la misma.

No; jamás fue nuestro ánimo que la Constitucion alentara al trabajador perezoso ó inmoral á que desertase del taller á fin de pedir al estado una ocupacion mas fácil, ni que el Estado hiciera oposicion homicida á las industrias particulares. Nos acusariamos como de un crimen, á la sola idea de que apareciésemos partidarios de esas doctrinas absurdas, cuya primera palabra es la destruccion de la libertad, y la última, la ruina del orden social.

¿Pero no se encuentra por ventura un camino seguro entre la crueldad del egoismo y los abismos de la demencia? ¿No puede ensayar nada la sociedad para elevar la poblacion laboriosa en la escala de la instruccion, de la moralidad y del bien estar, sopena de arrojarse en el desórden?

De seguro no lo creéis asi, ciudadanos representantes, como lo indica cuanto habeis hecho en favor de los trabajadores. Persuadidos estamos de haber espresado vuestros sentimientos, cuando escribimos en la ley fundamental la obligacion impuesta á los poderes públicos de desarrollar el trabajo por la instruccion primaria gratuita, por la educacion profesional, por la igualdad de relaciones entre los maestros y los operarios, por las instituciones de seguros y de crédito, por el fomento dado á las asociaciones voluntarias y libres, y por la creacion de los grandes trabajos en que pueden emplearse los brazos desocupados.

Asi es como definimos y á esto circunscribimos las obligacio-

nes impuestas á los nuevos poderes y los derechos de los ciudadanos.

Si hay peligros en estenderlos no lo hay menor en limitarlos. La República no debe limitar su accion á proteger la libertad, la propiedad y la familia, bienes imperecederos de la humanidad, no debe decir únicamente. «Tengo leyes contra los malos, gendarmes contra los malhechores y cañones contra los facciosos.»

Su fé le marca una mision mas alta, cual es la de ser tutora activa y generosa de todos sus hijos, de no dejarlos vivir en la ignorancia y pervertirse en la miseria, y de no permanecer indiferente á las crisis industriales, que llevan ejércitos de trabajadores á las plazas públicas con la envidia en el corazon, el resentimiento y la blasfemia en la boca. Implacable contra la revolucion, es compasiva, humana y previsora con la desgracia; recomienda y honra el trabajo, le ayuda con sus leyes y garantiza su libertad; pero cuando un acontecimiento imprevisto viene á paralizar este trabajo, no cierra su corazon, contentándose con esclamar ¡fatalidad! sino que emplea todos sus recursos para impedir el mal bajo el principio de la fraternidad.

¿Y dónde se encuentran estos recursos? se preguntará tal vez. Ciudadanos representantes: Bien sabemos que no se improvisan, y que la República sucesora de la monarquía se halla hoy en la triste condicion de no poder practicar sus principios y sus ideas como si fuera un cuerpo con sentimientos y facultades, pero sin órganos. Su deber por lo tanto consiste en crearlos.

¡Recursos! ¿Faltan quizás en un pais, cuyos terrenos están incultos en una quinta parte al menos de su estension? ¿Faltarán en una poblacion tan activa é industriosa? ¿Faltarán á un Estado que tiene tantas tierras por desmontar, tantas aguas para fertilizarlas, tantos caminos, canales, edificios y monumentos que hacer? ¿Faltarán recursos cuando la agricultura reclama los brazos que le roba la industria, cuando las fuerzas y los agentes del trabajo están tan mal equilibrados que nuestras campiñas se mueren de debilidad y nuestras ciudades de plétora?

No, no son recursos los que faltan, sino voluntad, celo y deseos sinceros de dirigir en provecho comun los medios productivos de que dispone el Estado. Lo que ha faltado es un ojo que vea las llagas sociales, una mano que las sondee y un pensamiento que se ocupe incesantemente de ellas.

La República podrá realizar esta obra capital, no en un dia, sino despues de contínuos esfuerzos.

Fundada por el derecho, legitimada como espresion completa

de la soberanía popular, debe buscar en este origen su tendencia y su dirección. Nosotros quisimos que la Constitución indicase cómo y con qué objeto marcaba su acción sobre la sociedad la mejora progresiva de la República; cómo debía sustituir la fraternidad al egoísmo, á un reducido número de intereses protegidos, la protección de todos los intereses sin escepcion y sin privilegios; cómo debía dirigir el movimiento de los ánimos, asegurar el orden, regularizar el progreso y seguir la estrella polar que brilla hoy en el firmamento de toda la Europa y que comunica á su brújula un imán nuevo.

Para que la democracia realice sus votos y sus aspiraciones, creimos deber buscar los medios de dar á su voluntad agentes que la manifestasen, la protegiesen y que la aplicasen: esto fué lo que procuramos hacer en la organización de los poderes públicos.

Ciudadanos representantes. Ya conocéis esta organización, la habeis discutido y aprobado en su espíritu y en sus principales aplicaciones. Vuestra convicción está formada y el sentimiento público manifestado. Permitásenos, pues, pasar ligeramente por cuestiones largo tiempo controvertidas, porque nos parece inútil defender causas ganadas.»

—¿Qué te parece, Juan, de lo que has oído?

—Insisto en que ese Mr. Marrast, es un reaccionario, si señor, Mr. Marrast y todos los que no son partidarios acérrimos del *furriel*.

—¿Qué *furriel*?

—Ese escritor socialista que discurrió salvar á la humanidad por medio de falusterio.

—Ah! ya entiendo; del falansterio querrás decir; y ese que tu llamas *furriel* no es *furriel*, sino *Fourier*. No te negaré que ese apreciable autor no haya sabido estudiar el corazón humano y conocer las necesidades que aquejan á la sociedad; lo que te digo es que Mr. Marrast, no tiene nada de retrógrado, y que estoy mas conforme con él que con los que asustan á los unos y halagan á los otros proponiendo proyectos capaces de ridiculizar la mejor de las causas.

—Por mi nombre, que no lo entiendo así.

—No es extraño que no lo entiendas así, y mucho menos que me lo jures por tu nombre, porque al cabo y al fin, me hago cargo de que te llamas *Juan Lanas*.

## LA REPUBLICA FRANCESA Y LA ITALIA.

Ya hemos visto el carácter y los medios de la reaccion en Francia, y hemos tratado de indicar el modo de combatirla de frente y desarmarla. Hemos creído que el gobierno francés debe seguir su programa de tolerancia y libertad para con los amigos antiguos y nuevos de la causa republicana; pero que debe ser inflexible en tratándose de gentes que descaradamente tiendan á echar por tierra la actual constitucion, aceptada y pedida por la nacion entera por medio del derecho de sufragio que ha ejercido en nombre y por gracia de la República. Además, para evitar trastornos en el interior hemos manifestado nuestro sentir acerca de la actual condicion de las clases pobres y de lo trastornados que andan sus cerebros con mil estrañas utopias por efecto del mal estar en que viven. El pueblo sufre, hemos dicho, y sus sufrimientos tienen ahora voz con que manifestarse. Dichosos tiempos para la tiranía eran aquellos en que el hombre vivia apartado del hombre, y en que la palabra tenia que limitarse al reducido círculo en que era pronunciada. Hoy corre y vuela por los espacios, y es un consuelo para todos los que sufren y una esperanza para todos los mas abandonados. De aquí que el derecho no pueda ahora estar postrado mas que momentáneamente: él tiene la palabra escrita para producirse, y es en vano querer desconocer su fuerza. Los gobiernos deben, por lo tanto, buscar siempre el derecho por guia de sus acciones: así llegarán á hacerse fuertes en el sentimiento general y á poder desafiar las turbulencias que el descontento parcial puede producir. Lo demas es esponer las sociedades á continuos trastornos y acostumar á los pueblos á los cambios de las revoluciones, que son santas cuando se hacen en nombre de un derecho ultrajado, pero que á veces se sirven del general mareo y desconcierto para hacer triunfar ídolos impuros. En Francia la condicion social del pueblo ha mejorado notablemente: ya los pobres van quedando en parte reducidos al número de los que una desgracia pertinaz hace fracasar en todas sus empresas; pero aun con todo, las vias del progreso y del mejoramiento individual estan obstruidas, no ya tanto por la constitucion social como por la tendencia general de la época á un egoismo á que le han ido disponiendo las escuelas filosóficas de los dos últimos siglos. De modo que ahora no tanto debe tratarse de obstáculos políticos, como de trabas puestas al individuo por la tendencia natural del fuerte á absorver y anular al débil. Este es el gran cuidado del gobierno de la República francesa, y así lo indicamos ya en nuestro anterior número cuando hablamos del actual movimiento social de la Francia.

Pero en aquel artículo dejamos indicado otro flanco que era

preciso que la República tuviese cubierto: nos referíamos al exterior, en el que indudablemente se fraguan grandes intrigas y manejos contra su existencia.

Afortunadamente la cuestion de Italia ha tomado en estos últimos dias un sesgo propicio. Los austriacos no han pasado de los límites de sus primeras conquistas, y la Venecia protesta aun en pié contra las pretensiones de un imperio á que solo la fuerza le mantuvo unido hasta el dia. El alta Italia no ha sucumbido, y los pueblos del Adriático pueden aun repetir el nombre de una república que fué tan grato á los oídos de sus padres, y que les colocó en la edad media en el lugar que Alejandria y las ricas ciudades del Asia habian ocupado en los antiguos tiempos.

En cuanto á la Francia, todo indica que se verá forzada á intervenir en la cuestion italiana. Rechazada su mediacion y la de la Inglaterra por el Austria, no queda mas camino á su honor republicano que el de una guerra que todos mas que ella pueden temer. Aunque la opinion de los periódicos franceses es varia respecto á los grados de susceptibilidad del actual gobierno republicano en lo tocante á este punto, nosotros, que desde un principio hemos manifestado la imperiosa necesidad en que la Francia se vé de salvar á la Italia, seguimos hoy con nuestro profundo convencimiento de que sucederá así. Hay, sin embargo, una eventualidad que pudiera hacer innecesaria la guerra: tal sería la de un cambio en la opinion del gobierno de Viena, por efecto del retraimiento de la Alemania ó la indiferencia de la Rusia. Nosotros, sin embargo, no creemos en esta eventualidad. Hemos dicho de la dieta de Francfort, que la creíamos inclinada á la no otorgacion de la independencia italiana, con tal de que las provincias nuevamente dominadas viniesen á ser parte del gran cuerpo aleman: respecto á la Rusia, ¿quién no sabe su natural tendencia á la represion, y el pavor que la infunde ese volcan revolucionario encendido en el seno de Europa, y que parece atizado por la mano de Dios para vengar á la humanidad de los agravios de la tiranía? Arrinconada entre los hielos del Norte, ¿quién no conoce el miedo que tiene á la movilidad meridional y el interés que vé ella en librar su constitucion secular del contacto de una civilizacion que tiende á investigar todo y á rehacer por la razon la obra de la preocupacion y de la fé antigua? La Rusia estará con el Austria en la cuestion contra la república, y ¡ay si de ella sola dependiera aniquilar de un solo golpe la que llama hidra de la revolucion!

Apesar de todo esto, la Francia, lo repetimos aquí, debe intervenir. La paz del mundo dicen algunos no debe turbarse: vale mas el quietismo actual conservado con humillaciones que los trastornos de una guerra gloriosa. Si el sentir de estos fuese general la tiranía podria batir palmas y considerar su reinado eterno.

La guerra en efecto es un gran mal: relaja los vínculos sociales y engendra en el individuo hábitos de superioridad y de despotis-

mo que luego distraídos del primitivo objeto pueden dejar en los pueblos la huella de exageradas y turbulentas ambiciones. Pero la cuestion no debe ya presentarse así: la causa del progreso y de la libertad está ahora frente á frente á la causa de la usurpacion y de la tiranía y como para darse la última batalla. Que esta batalla se prolongue ó que se dé ahora, es indiferente: decimos mal, de la oportunidad con que esto se verifique, puede depender la suerte inmediata de la civilizacion y la paz ulterior de los pueblos. La República francesa debe ver en Italia un feliz campo abierto á los pueblos para contender contra las naciones esclavas aun de mil extrañas preocupaciones. ¿ Cree acaso la Francia que sus enemigos se aplacarán porque les deje devorar la Italia? Se la repartirán como la Polonia para estar aun mas hambrientos. Mas diremos: en otras circunstancias los pueblos del norte no hubieran hecho tantos esfuerzos como ahora para conservar en el seno de la civilizacion esa ciudadela del absolutismo. Pero perder ahora la Italia es dejar á todo al medio de Europa en disposicion de entenderse y de armonizarse. ¿ Quién sabe, dirán ellos, si los cien millones de raza latina no se pondrán próximamente de acuerdo para formar la federacion de la libertad, como los de raza eslava y aun de raza alemana parecen reunirse en otras latitudes para apoyar ambiciones históricas ó tiranías que la civilizacion rechaza? »

« ¡ La Italia, la Italia! La Francia anda demasiado torpe en apreciar la trascendencia de la guerra de Italia. Está muy equivocada si cree que solo es para ella una cuestion de honor el compromiso en que se halla respecto de la península: su actual existencia y su civilizacion es la que peligra mas que nada en ese trance glorioso que titubea aceptar. ¿ Sabe la Francia el vuelo que las ideas absolutas tomarian en Europa el dia en que la dominacion del Austria se restaurase en la Lombardia y la Venecia y su influencia en el resto de la Italia? ¿ Sabe lo que decaeria en prestigio el principio popular el dia en que se la viese vencida? « ¡ Cien mil soldados mercenarios han bastado para reducir á un pueblo á la obediencia, sin que haya movido á otros pueblos el sacrificio de los que llaman sus hermanos! Ya veis, pues, como la fraternidad y la solidaridad humana son una quimera: desconfiad, pueblos vencidos, de las palabras temerarias de los que os estimulan á la lid: cuando os ven empeñados en ella os abandonan y os dejan correr todos los rigores de la venganza. ¡ Oh! esto consiste en que el poder absoluto es aun muy fuerte: el liberalismo os pinta á los reyes absolutos con una caña por cetro pronta á quebrarse: rechazad esas figuras poéticas y palpad la realidad: el cetro de los tiranos es aun de hierro y puede aplastar la cabeza de la revolucion donde quiera que se levante. »

Estas palabras, ú otras semejantes, usarán los partidarios de los antiguos sistemas para hacer caer en desaliento á los pueblos que empezaban á abrirse á la libertad. La influencia moral que ejercería

el vencimiento de la Italia se estenderia á todos los horizontes y sumiria á los corazones en una apatía de que se aprovecharian sus tiranos.

Pero la reaccion libre del conflicto en que ahora le han puesto los triunfos de la democracia, no se contentaria con vencer á la libertad en uno ó dos puntos dados, sino que iria á atacarla en su centro y á esterminarla hiriéndola en el corazon. Pues bien, el corazon de la libertad es la Francia. La Francia republicana se encontraria prendida de nuevo entre las redes de una diplomacia traidora que la ahogaria como en 1814. Nosotros creemos que la Francia es bastante fuerte para no temer ni aun esas conjuraciones; pero decimos esto para probar que mas pronto ó mas tarde la Francia republicana no se libra de una guerra con la vieja Europa. Aguardar á emprender esta en los momentos en que encontrará tibios los corazones que mas simpatias muestran ahora por ella, es esponerse á hacer de una causa segura una causa desesperada. Aliada la Francia á la Italia que le deberia su independendia y que ya ahora le llama hermana, con el apoyo de los votos de tantos pueblos como gimen bajo el peso de yugos estrangeros ó propios, la Francia podia dar una leccion á los que se niegan á reconocer su derecho, y la causa popular triunfaria y se salvaria con ella. Mas sombríos y mas tristes estarán sus horizontes si la Francia abandona á la Italia: el pueblo italiano habrá recibido una horrible decepcion, y el triunfo del Austria será á la vez el triunfo de todos los poderes absolutos contra todos los pueblos.

Concluiremos diciendo que la Francia, lejos de evitar la guerra, debe buscarla. Hace tres meses, con 50,000 hombres hubiera podido salvar la Italia é imponer al Austria: ahora ni 100,000 hombres le bastarán para rescatar lo perdido y para arredrar á sus enemigos: dentro de otros tres meses tal vez tenga que remover la Francia para salvarse á si misma y con ella el principio republicano. Asi debe mirar la cuestion el actual gobierno de la Republica.

## AL PUEBLO DE MADRID.

Albricias, pueblo querido,  
albricias, amado pueblo.  
ya nada debe faltarte  
si no te falta dinero.

Y el dinero, no es posible  
que pueda faltar, pues veo  
las importantes medidas

que está adoptando el gobierno.

Vé la *Gaceta* de ayer  
y quedarás satisfecho  
con un decreto que juzgo  
nata y flor de los decretos.

Dice relacion al Banco  
y viene bien el consuelo,  
por mas de cuatro razones  
en los dias que corremos,  
para el pueblo desdichado  
que ha sido y aun sigue siendo,  
víctima de los percances  
de Bancos y de banqueros.

El estado de la plaza  
quiere mejorarse, y creo  
que la mejora indicada  
tiene ribetes de sueño.

Restablecer se propone  
la confianza, y yo entiendo  
que el plan del ministro escede  
á los humanos deseos.

Dárseles puede á los hombres  
dias, pascuas y consejos ;  
dárseles puede tambien  
hasta importancia y dinero.

Puede dárseles, en fin,  
un aplauso, un vapuleo,  
pero darles confianza  
es dificil en extremo.

Puede que algunos mortales  
no quieran seguir mi ejemplo  
y confien que se acabe  
la broma de los descuentos.

Cada cual á su capricho,  
pues yo en asuntos como estos  
ni quito rey ni le pongo,  
nada afirmo y nada niego.

Solo diré, y es muy justo,  
por lo que he estado perdiendo,  
que á pesar de las promesas  
halagüeñas, *vade retro*.

Soy un poquillo aprensivo,

como castellano viejo,  
y no tengo confianza  
en promesas de estos tiempos.

Si alguno tiene la gracia  
de dispensarme un obsequio,  
no sea en papel-moneda,  
porque no se lo agradezco.

He llevado muchos chascos;  
he sufrido en el jaleo  
del seis, del siete, del ocho  
y el diez y el doce por ciento.

He leído las verdades  
de Góngora y de Quevedo:  
dineros son calidad;  
todo lo demas es cuento.

En fin, he visto adoptar  
al papel rumbos diversos,  
tan pronto de buena cara,  
tan pronto de mal aspecto.

Porque el papel tiene dias  
de lances y contratiempos;  
unos subiendo y bajando,  
otros bajando y subiendo.

Y aunque parezca mentira  
lo digo como lo siento;  
yo quiero en cuartos cien reales  
mejor que en papel doscientos.

Una cosa por de pronto  
se gana con el decreto,  
y es que abonen los billetes  
en otro departamento.

Pero esto ¿qué significa?  
mas ¿qué se logra con esto?  
la cuenta es clara, muy clara;  
fuera de los nuevos, cero.

Lo que aquí se necesita  
no son nuevos aposentos  
ni palabras seductoras,  
sino ¡dinero! ¡dinero!

¿Qué importa que ahora se pague  
en otro punto, si es cierto  
que para el caso es preciso

tomar como antes el puesto?  
 ¿Qué ganará el que en su casa  
 tenga billetes muy buenos  
 si no madruga, ó madruga  
 para llegar el postrero?

Lo mejor en tales casos,  
 tal como yo lo comprendo,  
 es el pagar al contado  
 sin bromas y sin rodeos.

Nada de cuartos aparte,  
 nada de locales nuevos;  
 pues por mi parte, señores,  
 y de tonto no me precio,

el que dinero ha de darme  
 que me lo dé sin tropiezo,  
 y mas que sea en la Plaza  
 ó en el patio de Correos.

Asi es como yo discurre;  
 esto es lo que yo comprendo;  
 el dinero es lo que falta;  
 lo demas es lo de menos.

---

### UN OCHAVO.

---

Hallándose un poeta en la mayor afliccion por no haber comido en veinticuatro horas, dicen que vió pasar á Federico Segundo y le pidió una limosna. El monarca mandó que se detuvieran todos los que le acompañaban; se echó mano al bolsillo y alargó dos cuartos al poeta, el cual contestó: «La parada fué de Alejandro, la dádiva de Pedro Fernandez.»

Se conoce, pues, que el poeta no quedó muy satisfecho con la limosna, como si la dádiva de Federico no hubiera sido digna de un rey. ¡Dos cuartos! ¿Saben ustedes lo que son dos cuartos? Dos cuartos equivalen á cuatro ochavos, es decir, á cuatro veces una moneda castellana de las que mas importancia tienen en el comercio.

Un ochavo, bien mirado, no vale mas que dos maravedis; pero esos dos maravedis representan á veces muchos millones, y un rango privilegiado en la escala de las gerarquias sociales. Por ejemplo, yo he oido decir que una de las posesiones mas importantes del real Patrimonio perteneció á uno de nuestros mas pequeños grandes de

España, cuya familia conserva aun el derecho á dicha posesion y recibe por via de arriendo la cantidad anual de dos maravedis, es decir ¡un ochavo! Esto para los que desprecian un ochavo considerando cosa de poca importancia.

Hay algunas personas que se arruinan por un ochavo y hay otras que hacen fortuna por la bagatela de un ochavo. Esto parecerá exagerado á primera vista, pero no lo es, si se considera que hay mucha moneda quebrada en circulacion, y que así como para algunos establecimientos un real no vale mas que ocho cuartos, en otros vale nueve. Así, v. gr., si uno tiene que recoger cien duros por via de suscripcion, ó cien pesetas de á cinco reales, puede contar de seguro con la pérdida de cien ochavos; porque está ya admitido que en vez de veinte reales reciba la empresa un napoleon y ocho cuartos, y en lugar de cinco reales, ocho cuartos y una peseta de á cuatro. Pero no sucede esto mismo en los cafés donde están las bebidas á real y suelen cobrar nueve cuartos á cada prógimo, de modo que siendo muchos de los prógimos resulta el establecimiento beneficiado en muchos ochavos diarios, lo que puede al cabo de los años labrar una fortuna.

Lo que prueba verdaderamente la importancia de un ochavo es que para pintar un hombre su situacion terrible y desesperada, suele decirnos que no tiene un ochavo. Ahora bien, si el que esto dice se considera en la desgracia porque no tiene un ochavo, debe considerarse ageno á la desgracia cuando le den un ochavo, y como que lo contrario de la desgracia es la felicidad, resulta que un ochavo representa á veces nada menos que la felicidad del hombre, y no dudo que cualquiera se dará por contento con tener un ochavo... de sobra.

Tambien debe considerarse al ochavo bajo otro punto de vista y es en su concepto de revolucionario. Yo no sé la influencia que los ochavos pueden tener en las revoluciones; pero tengo entendido que no son las revoluciones las que menos necesitan el auxilio de los ochavos. Por esa razon suelen ser los ochavos tan perséguídos como los hombres temibles, y á medida que arrecian los vendabales de la oposicion, suelen subir las contribuciones por la sencilla razon de que acabar con los ochavos vale tanto á veces como inutilizar á los hombres.

Parecerá mentira lo que voy á decir. Si me preguntáran á mi con cuanto tengo bastante para considerarme en el apogeo de la fortuna, diria que con un ochavo, ¡Un ochavo! ¡valiente miseria es un ochavo! dirán algunos; pero no saben ellos que yo haria lo de aquel estudiante que pidió al rey la gracia de ser sacristan de Juslibol, lo que le fué otorgado inmediatamente, considerando que la peticion era de poca monta. Aun dicen que el rey reprendió al pretendiente por su poca avaricia; pero este se contentó con que le dieran lo que pedia, y luego que le fué concedida la gracia, hizo saber al rey que el destino de sacristan de Juslibol era anejo al de Arzobispo de Zara-

goza. Lo mismo haria yo si se me otorgara lo que pido. ¡Un ochavo! nada mas que un ochavo! pero es el *Ochavo* de Valladolid, que tal es el nombre de una plaza de aquella ciudad, célebre por sus edificios y comercio. Dénme, pues, ese ochavo, con tal que no me impongan la obligacion de cargar con él, y mucho menos de metérmelo en el bolsillo; porque en ese caso tendria que decir lo que aquel poeta:

Adios plaza del Ochavo  
que conmigo no te llevo,  
pues para ochavo tan grande  
mi bolsillo es muy pequeño.

Por último, á los que se empeñan en dar poca importancia á un ochavo, les diré que hay en esta corte un joven, buen mozo, que ha hecho durante mucho tiempo el amor á una joven, buena moza. El pobre pretendiente debe hallarse así, al nivel de las actuales circunstancias, pues indudablemente ha de apurarle mucho la necesidad cuando se ha visto en la precision, no ha muchos dias, de pedir una limosna á la señora de sus pensamientos. Esta señora, no fué sorda á la voz del amante desgraciado: sacó su bolsillo con tanta propopopeya como Federico II, y alargó generosamente.... ¡un ochavo! Un poeta que pasaba por allí, parodió la anécdota que he referido al principio de este artículo, diciendo:

La parada fué tambien  
de un César, de un Alejandro;  
mas la dádiva fué propia...  
de la señora Carrasco.

Esto parece anécdota, pero es histórico, y puedo dar fé, no solo del hecho sino de haber tenido en mi mano el ochavo famoso, que por cierto es un ochavo muy viejo y muy feo. Acaso el tal ochavo será como el teatro de Medina que solo tiene de bueno todo lo que tiene de malo, la antigüedad; y como estamos en un tiempo en que las preciosidades solo se estiman por su valor intrínseco, no creo que el actual poseedor haga negocio aunque tropiece con uno de estos anticuarios que dan monedas de oro nuevo por otras de cobre viejo, con tal que las de cobre pertenezcan, como el ochavo de la señora Carrasco, á los tiempos antediluvianos.

---

Se suscribe en Madrid á 8 rs. al mes en la redaccion, calle de Alcalá núm. 44, cuarto bajo, y en las librerías de CUESTA, MATUTE, GASPAS y ROIG, en el obrador de libros rayados y encuadernaciones de MARIN y BATRES, calle de S. Martin, núm 4, y en la librería de MONIER, carrera de S. Gerónimo.

---

*Editor responsable, D. MANUEL TURREZ.*

Imprenta de D. J. Llorente, calle de Alcalá, número 44.